

lazo, lávese usted bien y quítese toda la miseria. Múdese usted de camisa limpia, que le daré, y de pantalon, y póngase una blusa que tambien le daré, y véngase aquí, aseado y le compraré lo que necesite.» Entré en el almacen y le saqué un par de pantalones de tertiz que hice en Gibraltar, muy amplios, le dí una camisa de las nuevas que compré y la blusa de lienzo que usaba en el almacen y una gran pastilla de jabon ingles. Me dejó su mochila y se marchó al rancho.

A las dos de la tarde volvió limpio y aseado, aunque siempre cojo. «Vamos, le dije, á cerrar el almacen é iremos al martillo.» Fuimos en efecto y al guarda-almacen hice que me enseñase las prendas de vestir que tenia. Se escogieron dos pantalones de dril, los mayores que habia, seis camisas de algodón, una blusa azul con su cintó, dos chalecos tambien de dril, seis pañuelos para el bolsillo, dos pares de zapatos claveteados, y dos pares de sábanas gruesas de lienzo y cuatro fundas de almohadas. Pague la cuenta, que subia á unos veinte pesos. Se hizo un lio y lo llevamos al almacen, donde le dí un cajon vacio para que toda su ropa la colocase en él. En seguida fuimos á vernos con Seco, que me indicó un almacen donde encontraríamos catres y fundas para ellos. Compramos un catre y lo llevamos tambien al almacen.

Se llamaba el zambo Remigio Sanabria, su abuelo fué natural de la Puebla de Sanabria en España. «Lo primero que hay que hacer, le dije á Sanabria, es buscar local donde colocar de noche su cama.» «En ningun sitio mejor (dijo) que aquí fuera del barrancon, así serviré de centinela mientras duerma usted: arreglaré el tinglado de la puerta, y de noche servirá de dormitorio, y de día de sala para que esté al fresco y de recibimiento para recibir á las gentes, comprando media docena de sillas que he visto muy baratas.»

Salió por el pueblo, y al cuarto de hora, vino con un carpintero y las herramientas. Se pusieron á poner dos machones que sirviesen de columnas y unos atravesanos con listones y unas tablas, de cubierta, y sobre ellas un gran lienzo encerado para los días que lloviese. En menos de tres horas estaba arreglado el pabellon bajo la direccion de Sanabria, que era hombre ingenioso.

Yo fui á comer con mi primo, y le dije á Sanabria que podia ir por de pronto á comer al figon, de los muchos que habia, y asease mi cuarto en el almacen.

Era muy caro el vivir en Alvarado. Con el miserable cuartucho de casa de Seco, nos salia cada día á cuatro pesos cada uno. Le dije á mi primo que habia determinado comer en mi almacen de la comida de los figones, porque era imposible el gasto que haciamos. Convino conmigo, y que él habia pensado arrancharse tambien con amigos suyos de tierra adentro. Comimos aquel día en casa de Seco, y nos despedimos tan conformes.

A las cuatro me retiré á mi barracon, y encontré á la puerta á Sanabria, y apenas me vió se levanto y me recibió con el mayor afecto y respeto. Todo lo tenia listo y aseado. «Ahora es preciso, le dije, el mejor modo de arrancharnos, para verde comer barato y bien, porque me cuesta cuatro pesos diarios comer mal en la casa donde nos guisan.» «Eso habia pensado tambien, me repuso Sanabria, pero por cortedad, no me he atrevido á proponérselo á su merced; mas ahora que me ha hablado de ello, me voy á ocupar de todo.» Vino gente á verme, y se marchó Sanabria.

Volvió á las dos horas y me dijo: «he encontrado una pobre viuda que vive en un lindo jacal, cerca del barracon de su merced, con dos hijas y una criada, y se ocupan en coser ropa blanca y planchar para los comerciantes extranjeros y españoles, con lo que decentemente mantiene á la familia. La he preguntado si podia encargarse de componer la comida para un caballero español, y me ha respondido que con mil amores lo haria, porque ella habia sido guisandera de unos españoles en Veracruz.» Conforme á esta relacion, fui con Sanabria á ver el jacal, que estaba á cincuenta pasos de mi almacen, y entrados en él, toda la familia me recibió con agrado y me senté con ellos en la entrada, que era una salita sumamente aseada. Me dijo la ama: «el señor, señalando á Sanabria, me ha manifestado lo que usted desea. Yo puedo guisar á usted el almuerzo y la comida, pero es preciso que corra usted con la compra diaria á medida de su deseo y la mesa se la pondré á usted en una de las piezas inmediatas, que la tengo destinada para obra de la costura. Sólo que me hacen falta, platos, unas fuentes, vasos y unas cacerolas.» «Está muy bien, todo eso lo traerá el señor del Martillo. Vamos á ver el comedor:» entré con las mujeres en otra salita igualmente limpia, que me acomodó. En seguida la pregunté á el ama, que es lo que me llevaria al día por condimen-

tarme la comida, siendo de mi cuenta el carbon de la cocina. Me pidió peseta y media. «Convenido, la daré á ustedes dos pesetas, y el señor comerá con ustedes. Mañana por la mañana irán ustedes al martillo, comprarán lo que sea necesario.» Me retiré á mi almacén, encendimos la luz y formamos una nota de lo que necesitaba y otra de los víveres que habia que comprar; y á las nueve de la noche nos acostamos, porque no se podía andar por las calles, y menos la noche que no habia luna, porque estaba todo en la mayor oscuridad.

Sanabria se acostó tambien enfrente de la puerta y debajo del toldo y sin mosquitero, porque los mosquitos no le picaban, y yo tenia el mio de seda, por vía de precaucion. Al amanecer, lo primero que hizo Sanabria, segun yo le habia prevenido, fué tomarse un gran baño en el mar y despues de haberse secado, colocar sobre las llagas una porcion de algodón en rama recién cosechado, sujetado con vendas. Por este método, seguido durante quince dias, consiguió curarse en un todo con alguna que otra purga que tomó. De la cojera le quedó algo, pero le aconsejé que siguiese con el baño diario en la mar, y fué fortificándose poco á poco la pierna porque cojeaba, y quedó casi enteramente curado.

Retirado del baño, cogia su cesta é iba á los caminos por donde venian los víveres al mercado, y compraba de los indios todo lo que necesitaba para el dia, ó muchos dias. En lugar de carne, compraba el rico tasajo, carne secada al sol, porque en el país era sumamente sustanciosa, por las yerbas salinas que come el ganado en aquellas playas. Compraba conejos, liebres, pichones, perdices y palomas torcazas, siempre para variar, y pescados de diferentes clases. La leche estaba algo cara, porque los campesinos la agriaban con cierta yerba, para tomarla y refrescarse ellos, bebiéndola en lugar de agua.

Sanabria fué, despues de hechas sus compras, acompañado de la patrona, al Martillo, y tomaron todo lo que hacia falta, y entre lo que compraron fué una cafetera sencilla de los Estados Unidos para hacer el café, que era artículo barato, porque se cosechaba bueno en tierra de Córdoba.

A las diez me sirvieron el almuerzo con mantequilla fresca y *aguacates*, arroz cocido con tocino frito en cantones, y plátanos fritos, y dos tajadas de tasajo con una cazuelita de frijoles, hecha una especie de argamasa, que es comida agrada-

ble, y que no se come igual mas que en las costas de Veracruz, no habiéndose conseguido confeccionar igual masa en Mejico, aunque se ha ensayado llevar las avichuelas negras de Veracruz. Luego me sirvieron el café con leche con buenas tostadas de pan. Almorcé, como no habia almorzado mucho tiempo hacia.

La comida fué por el mismo estilo, muy buena, con platos muy variados al uso del país de tortas enchiladas; y otros platitos de leche, como natillas, arroz, crema frita, etc., etc. Quedé contentísimo. Por la noche se hizo el cómputo del gasto y lo que debia costar cada dia y resultó unas cuatro á cinco pesetas diarias, y habia comida de sobra para las tres patronas, Sanabria y la criada.

Siendo la leche, el renglon mas caro que habia, se marchó una mañana al rancho donde antes le albergaban y compró por tres pesos dos cabras de leche y un cesto de huevos con muchos pollos, muy barato todo; y cuatro caballerias cargadas de muy buen carbon y á mitad de precio, que lo que nos costaba en Alvarado. En el jacal donde comia, tenian un pequeño corral, y se colocaron las cabras, con abundancia de zacate que les gustaba comer de aquel verde; y los pollos se colocaron tambien allí.

La patrona viendo lo barato que le habia costado el carbon y su buena calidad, encargó á los mismos indios le trajesen seis cargas del mismo carbon, para su planchado.

Yo estaba muy contento con la adquisicion que habia hecho con Sanabria; él por su parte estaba loco, y queria adivinar mis pensamientos, para servirme puntualmente; de mis patronas no hay que decir, porque sacaron su cuerpo de mala hambre, comian muy bien sin costarles nada y tenian dos pesetas diarias por guisarme y servirme la comida. Estoy bien cierto que no habia nadie en Alvarado, que comiese tan bien como yo, ni tan barato. Esto lo debia al industrioso y agradecido Sanabria.

Hice conocimiento, y me visitaba con frecuencia el coronel mestizo Vázquez, insurgente de nombradía en la tierra caliente, y que tenia mucho partido entre los Jarochos. Algunos que otros dias lo convidaba á comer y beber una botella de vino de Burdeos. Reparó en Sanabria y su bella estampa y me preguntó de donde habia sacado aquel hombre tan colosal, que le creia mulato. Le dije que era un zambo de costa

firme, un Llanero de Apure, compañero del General Paez. Que habia servido de Teniente de Caballeria en el ejército español y le conté el desastroso estado en que lo encontré hacia mes y medio, y que ahora le tenia en mi compañía. Se interesó mucho por el zambo el coronel Vázquez, y deseó mucho entablar amistad con él. «Ahí donde usted lo ve, es mas caballista que ningun Jarochó y les lleva mucha ventaja en echar el lazo á un toro.» Cuando Sanabria estuvo en la puerta, le hice entrar en el almacén, y le dije: «el señor, es el coronel Vázquez, muy nombrado en toda tierra caliente. Me intereso en que sean ustedes amigos, como individuos de la misma raza, porque ahí donde lo ve usted, á Sanabria, es nieto de un español.» Se dieron la mano. «El y el negro Cuervo, son los hombres mas colesales que hay en Alvarado, le dige á Vázquez, y éste me dió la razon; porque el cargador del muelle, Cuervo, era un negro que tenia de talla siete pies y fornido respectivamente: de unas fuerzas colosales. Era Capataz en el muelle y ganaba diariamente de treinta á cuarenta pesos. Sanabria era esbelto, bien hablado y sumamente dulce en su trato.

El coronel Vázquez, nos convidó para el dia siguiente á Sanabria y á mi, á una funcion nocturna, que celebraban los Jarochos cada ocho dias en un bosque á dos leguas de Alvarado, diciendo que nos traeria de su hacienda dos caballos, para que le acompañásemos. En efecto, á los dos dias al anochecer, que era un sábado, vino Vázquez con otros compañeros y sus criados y trajeron los caballos para Sanabria y para mi; y para el primero un gran sombrero de fieltro como el de los picadores de toros, y un machete. Bebieron media docena de botellas de vino, en el almacén, montamos y echamos á andar, con una noche muy oscura, porque la luna no habia salido todavía. En menos de dos horas llegamos á un llano que podia tener media legua de circunferencia, en el que habia diferentes rancherias muy grandes. Nos apeamos y los criados llevaron los caballos á pacer yerba en el monte.

Nosotros seguimos al coronel Vázquez, que nos condujo á una rancheria grande que estaba dentro del bosque, que pertenecia á un compadre suyo, ranchero bien acomodado. La casa era de paja, inmensamente grande, dividida y subdividida por paredes de caña revestidas con esteras finas y las

camas, no habia mas que esteras, algunos catres de viento y diferentes hamacas de pita, pero ningun mueble, á excepcion de banquetas rústicas de madera. Aquel Jacal ó rancheria, estaba en lo interior iluminada con faroles sencillos colocados en todas las habitaciones. Las amas de la casa y sus hijas estaban vestidas con la mayor sencillez, pero al mismo tiempo con trajes costosos para gente de campo. Las hijas, que eran cuatro, vestian camisas de holán batista, con las pecheras bordadas y ajustadas como las de los hombres; al cuello botones de pedreria falsa francesa; pero las camisas, algun tanto ajustadas, de manera que sus pechos abultaban y marcaban sus formas como las tetas de una cabra. Es de advertir que las jarochas no tienen los pechos como las europeas, redondos y bien formados; los tienen exactamente como las cabras, largos, estrechos y las vírgenes duros y perpendiculares. No gastan corsé y así es que casadas, al poco tiempo no tienen los pechos sino una apariencia de piltrafas de carne que les cae á la barriga. Vestian unas enaguas ó faldas tan sùtiles de gasa, de encaje, ó de batista de colores que de dia debian aparecer sus formas y las carnes. Medias de seda de color de carne bordadas, con zapatos de raso, y una especie de banda, de crespon de china, amarillo ó encarnado que cruzaban por la espalda, como los generales las bandas de cualquiera de las órdenes: remataba el traje de una jarocha, con un sombrerito de paja, guarnecido de flores naturales.

Tenian ademas un cinturon y pulseras de cucuyos, que son unos escarabajos, cucarachas ó correderas, que tienen una luz fosfórica, como los gusanos de luz en Europa, con la diferencia que los cucuyos tienen una luz tan resplandeciente y extensa, que parecen exactamente esmeraldas de noche. Estos cucuyos tienen por la parte de la cola unos anillos naturales por los que se van ensartando en seda torzal á manera de cuentas de rosario y forman los adornos mas caprichosos para las mujeres. De noche se les ve volar por los bosques como si fueran murciélagos y en un número infinito.

Nos sentamos fuera del Jacal, en bancos y petates, á ver llegar los Jarochos y Jarochas; por instantes aparecian cabalgadas de ellos, en famosos caballos. Cada uno traia un ginete, con una dama á las ancas, que era su mujer, su hermana, su querida, ó su novia. Otros caballos los montaban

sólo los gíbetes y jarochoas. Venían por rancherías, y unos se apeaban en el rancho donde yo estaba y los demás se iban á los otros ranchos del llano ó la plaza. Todos fuimos á ella, á presenciar la llegada de los demás que venían por otros rumbos, en dos y tres leguas á la redonda. En ménos de una hora estaba toda la plaza cuajada de Jarochoas y Jarochoas, todas muy bien vestidas. Los hombres parecían picadores, por el sombrero blanco de fieltro de alas grandes y adornados de flores. Creía hallarme en España, en Jérez de la frontera, porque hablaban puro andaluz, con aquel ceceo que les es propio, y el andar jaque y fanfarrón. No podían negar que eran descendientes de aquellos andaluces que fueron á la Conquista de Méjico con Hernán Cortés, y que luego se establecieron en las rancherías á la grangería de la cría de ganado, de donde deriban todas aquellas Caserías.

Se llenaron todas con los nuevos viajeros, y aquello era un flujo y reflujo de entrantes y salientes. Aparecieron los músicos con sus guitarras, bandurrias, violines, panderos y panderetas y sonajería. Se organizaron los bailes en la plaza, y era lo mismo que en la Andalucía, fandangos, boleras y otras danzas desenvueltas, como la zarabanda, etc., que se conocían derivar de los primitivos españoles, que poblaron aquellas rancherías.

Había aparecido la luna en todo su esplendor y aquel teatro adquirió mayor animación. La juventud se divertía, unos bailando y otros meros espectadores de la danza. Los hombres de cierta edad pusieron mesas de juego de naipes en las casas de paja ó jacales con hermosas velas de espelma con magníficas bombas de cristal, para preservar las luces de la acción del aire ó la brisa del mar, que corre de noche en aquellos bosques. Las bombas de cristal las llevan á vender de Alemania al puerto de Veracruz. Armaron su juego del monte, á que son apasionadísimos, y juegan en grande cuanto tienen.

A media noche el baile y el juego estaban en todo su esplendor y la reunión de gentes podía alcanzar á quinientas personas de ambos sexos. Aquella hora, paró la música y los danzantes para darse una media hora de reposo. Cuadrillas de bailarines se retiraban á los bosques á sentarse en los troncos de los árboles; y otros á beber limonadas, naranjadas, sangrías, vino puro ó pulcre (*sic*) de que había diferentes

puestos de venta, donde comían pasteles y mantecados. Hasta entonces no había hecho más que observar aquel espectáculo que para mí era nuevo. Las mujeres sudaban, como si estuvieran en un baño de vapor, y sin embargo del aire fresco que corría, ni un pequeño constipado adquirían. De tanto sudar tenían la camisa y los vestidos ajadísimos. Después de una hora de reposo, volvían á encandilar su baile y jugar las castañuelas.

A las dos de la mañana me cansé de la función y fui al jacal donde estaba jugando el coronel Vázquez con feliz suerte. Trabajamos conversación con Sanabria, que ni jugaba ni bailaba. Me hizo tomar un vaso de ponche, y le dije que estaba cansado, y me llevó al rancho del bosque donde paramos á nuestra llegada, y en uno de los departamentos ó separación de la casa de paja, me dijo que me acostase en una hamaca, que era cama que por primera vez probaba. Me envolví en mi querida manta jerezana y me eché á dormir en la hamaca. Pronto me cogió el sueño, hasta las cinco de la mañana que entraron de repente tocando las castañuelas y panderetas, cantando y gritando como unas locas, unas treinta muchachas que se retiraban del baile y entre ellas las hijas del coronel. Me despertaron y creí desde luego que iban á armar otro baile en la casa. Pero no fué así. Se fueron á apoderar de cuantas camas había en la habitación, acostándose de dos en dos en cada una, y llegaron á la hamaca en que estaba yo, alta del suelo cuatro varas, y se agarraron con intención de subirse y de repente una de las chicas dió un chillido gritando «¡hay que miedo, que hay un hombre!» y dejaron la hamaca. Yo las grité: «no importa, si queréis acostaros, me levantaré.» «No, no, está usted bien:» me respondieron ellas. No me pareció decente estar en medio de aquel gallinero, que no olía por cierto á olor de rosas, había una edentina sobacuna, que expedían de sus poros, de tanto bailar las señoritas jarochoas, y como por otra parte había dormido tres horas, descansadamente, me arrojé de la hamaca y eché mi manta al hombro. Nuevos chillidos de parte de las muchachas, que unas estaban acostadas y otras no, por falta de lecho. Las grité que no tuviesen miedo y me salí del jacal, envuelto en mi manta, camino de la plaza.

Aquel día domingo, se celebraba el *Tianguis* ó el mercado.

No se veían allí, sino indios é indias, con gallinas, verduras y frutas que estaban armando tenderetes, y tenderos españoles con ropa. No había un solo Jarocho, que todos se habían ido á dormir. Me acerqué á la tienda de un anciano mercader que me pareció hombre formal. Le pregunté de que tierra era y me respondió que era de las encartaciones en las montañas de Santander y que hacia 56 años que residía en el Reino de Méjico y en el pueblo de Taliscoyan, sin haber salido de él mas que á Veracruz á sus compras y á los mercados á hacer sus ventas, como á este en que se hallaba, á Córdoba y Orizaba.

«Yo soy considerado como hijo del país y tengo una familia numerosa, con hijos crecidos, establecidos en el pueblo y bien acomodados en haciendas que he ido comprando con el pequeño comercio y la buena suerte que he tenido en todas las especulaciones que he emprendido. Y usted ¿es español?» Le contesté que si, que hacia pocos meses que habia llegado á Alvarado donde estaba dedicado al comercio por mayor. «Esos asuntos de San Juan de Ulúa, me replicó, me causan grandes perjuicios, de resultas de haberse trasladado todo el comercio de Veracruz á Alvarado, y que todos los marchantes y viandantes de tierra caliente pasan á este último punto á verificar sus compras, y asi es que no podemos hacer negocio segun antes como en este mercado que se celebra los domingos, y que tres ó cuatro individuos teníamos exclusivamente la parroquia de todas las rancherías y pueblos de estas inmediaciones. Hoy tenemos la concurrencia de muchos *gringos*, hablando de los extranjeros.»

Le pregunté si este mercado era muy antiguo. Me respondió, que hacia mas de cuarenta años que le conocía, y que los ancianos del país, le informaron entónces que era antiquísimo, y se creía que fué fundado en tiempo de la Conquista de los Españoles. Pero que no es la imágen de lo que fué en tiempo del gobierno español «y aun en mis primeros años de comercio, concurrían muchos comerciantes españoles muy ricos, eclesiásticos y particulares, por razon del juego, que llegó á competir con Medellín, mas en el dia no viene ninguno, y sólo concurren los Jarochos de tres ó cuatro leguas á la redonda. Es una reunion viciosa é inmoral, donde se arruinan las fortunas, y prostituyen las buenas costumbres.»

Seguimos en esta conversacion, hasta las siete, y la plaza se fué poblando de gente que venia de los pueblos y las rancherías y entre ellos muchos curas de aldea con sus amas, escribanos, labradores, etc., etc., á hacer sus compras. El tendero me convidó á tomar una jícara de buen chocolate de su pueblo, que tenia fama, y era uno de los artículos que traía de venta, y lo acepté y bebí, con un gran vaso de agua muy fresca. Le compré dos libras del mismo chocolate, en pastillas de una onza, en bolas, que lo llevaba en grandes zurrónes de cuero á manera de talegos.

Me despedí de mi paisano y fui recorriendo los puestos de la plaza, que eran muchos y muy abundantemente surtidos de todo género, de comestibles. Habia puestos de pájaros vivos y muchos loros, porque es la patria de los buenos. Me encontré en la plaza, con el coronel Vázquez y Sanabria, que se acababan de levantar. Me preguntaron que tal habia pasado la noche, y les dije que hasta las cinco perfectamente, y les conté mi aventura con las muchachas, de que se rieron mucho. Vázquez me agarró del brazo, y me dijo, que fuera con él á uno de los jacales á tomar una jícara de rico chocolate, pero le dí las gracias, porque lo habia tomado en el puesto de un anciano español, á quien habia comprado dos libras que llevaba en un pañuelo y se lo entregué á Sanabria.

Todas las madamas jarochas, fueron apareciendo en el mercado muy desgachadas (*sic*) con los vestidos arrugados y despeinadas y muchas de ellas sin sus sombreros. No eran mas que la sombra de las que habia visto la vispera, pero todas con sus novios y cortejos, á quienes hacian aflojar sus cuartos, en comprar cosas en las tiendas. Entre ellas vi una, la de un judio frances, que le conocia de Alvarado. Era un quinquillero, con sortijas y aderezos falsos que llaman de *Crisocade*. Su puesto estaba lleno de las jarochas, que le compraron cuanto tenia.

Eran las nueve y el calor apretaba, por lo que me precisó á encaminarme con Vázquez y Sanabria á nuestro jacal, que le hallamos en un todo desierto, por estar toda la gente en el mercado. Con el calor del sol, se iba caldeando el jacal y á los europeos nos acomete la modorra. Dije á Vázquez que me iba á echar á dormir en la hamaca, y que me despertasen á la hora de comer. «Pues bien, echese usted á dormir, que nosotros le despertaremos: nos volvemos á la plaza, que el

juego estará ya armado y habrá nuevos jugadores: anoche gané cincuenta onzas y hoy pienso ganar otras tantas.» Se marcharon y yo me acosté y reconcilié muy pronto el sueño. A la una y media vino Sanabria á despertarme y llamarme á comer en uno de los jacales de la plaza. La mesa estaba dispuesta para catorce personas, que era la compañía de Vázquez; todos oficiales jarocho que habian servido en la guerra de la independencia contra los españoles, pero ninguno llevaba la menor insignia. Vestian sencillamente de jarocho y en mangas de camisa, como el coronel Vázquez. No habia manteles, ni servilletas. La mesa era limpia. Sacaron dos cuencos llenos de moniatos, berzas, patatas, tasajo, chorizos, tocino y dos criados fueron llevando de aquella condumia en unas jicaras y platos ordinarios y dando á cada individuo la suya. Teniamos cada uno un cubierto de madera, y principiamos á comer, unos con los cubiertos y otros con los dedos. Luego sacaron grandes duernos de tortillas enchiladas, que picaban que rabiaban, por lo que no pude comer. Las tortillas las sirvieron en las mismas jicaras y platos que habian servido para el cocido. En seguida trajeron sus cochinitillos ó tostones, asados en hornos subterráneos, como se asan en la tierra, con una salsa picante que echan despues que estan asados, que es comida deliciosa: uno de los convidados, armado de un gran cuchillo, fué partiendo los cochinitillos, y los criados distribuyendo en las mismas jicaras y platos, y con un caso echando la salsa. Se siguió un cuarto de venado asado de la misma manera que los tostones, pero con salsa diferente, y dos grandes palanganas de ensalada de lechuga. No habia pan, solo tortillas calientes de maiz. Para postres nos sirvieron grandes platos de arroz con leche, natillas, requesones y cuajado, en platos ordinarios y una racion para cuatro individuos, que la comiamos con las cucharas de palo. Durante la comida, pocos bebieron vino puro, los mas aguado, ó solo agua, en unes búcaros de tierra.

El café le sirvieron con profusión, en jicaras de madera limpia, y licores. Todos los convidados guardaron mucho silencio, porque el jarocho en general es silencioso, grave y muy modesto en su compostura. Esta es la comida campesina, que nos dió el coronel Vázquez. En ella no hubo la menor descompostura, ni dichos ni palabras mal sonantes. Todos habian sido insurgentes y habian hecho la guerra de la

insurreccion. Ni á uno solo oí proferir la menor espresion malsonante contra los españoles, mientras que á nuestros hijos ó nietos no se les oía mas que groseros insultos hácia sus padres ó progenitores. El Jarocho liene á gloria descender de la sangre española y hace alarde de venir de los conquistadores. Miraban con desden al indio, al mulato y hasta el criollo, que los llamaban sangre revuelta, y los consideran inferiores en todo. El Jarocho es grave hasta en el andar; habla pausadamente y mide sus palabras. No blasfema ni echa juramentos como los demas paisanos. Con su mujer, ni casi habla; mientras come, no se dedica á trabajos mecánicos. En su Jacal ó casa de paja, se figura y cree que está en un palacio, sin embargo de estar desnuda su habitacion. No se vé en ella, mas que un arcon viejo de madera con su llave, donde guarda su ropa y la de su mujer y los cortos intereses que posee: una cama de paja con petates finos, como las esteras de los chinos, dos ó tres bancos de madera, componen todo el ajuar de aquellos campesinos. En el cuartulo principal de entrada tiene las sillas de sus caballos, las bridas y mantas, y sus armas, que consisten en machetes, para su propia defensa ó para rozar las malezas en el monte, ó las Jaras, de donde deriba el nombre de Jarocho.

Cuando el Jarocho está solo en su casa, se le vé sentado en su banquillo de madera, cabizbajo y apoyada su barbilla entre sus dos manos, en ademan de reflexionar, y en esta actitud se está horas enteras. Dos veces al dia monta en su caballo á visitar sus milpas ó maizales y visitar el sitio donde tiene sus ganados, caballar, boyal y cabrio, al cuidado de sus pastores, que generalmente son mulatos: sus mujeres é hijas cuidan de los maizales, cultivándolos con jornaleros indios. En la recoleccion de sus frutos está presente, hasta que todo lo han limpiado de mazorcas, calabazas y judías que las hacen conducir con sus caballerías á las trojes, que están en la parte superior de su Jacal.

Todo jarocho lleva escapulario, generalmente de la Virgen de la Merced, con estampa de seda. Algunos llevan ademas un relicario antiguo redondo ú ovalado de fierro, con una imágen en el interior de la Santa Faz, ó un San Antonio y por el reberso el Jesucristo en cifra de los Jesuitas. Me digeron los Jarocho, que en una rancheria llamada de Jiménez, que distaba cinco leguas, el dueño de ella poseia un relicario